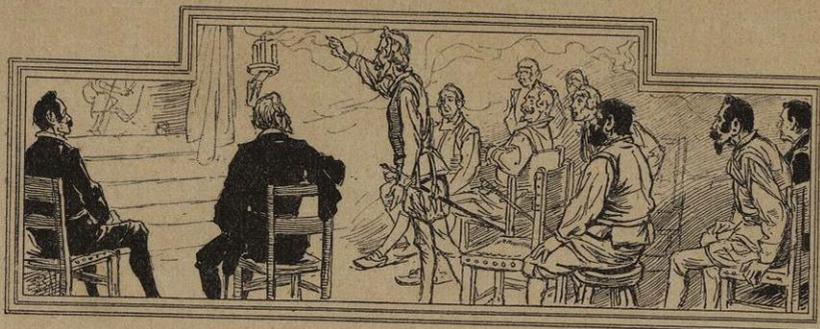


ller Sansón Carrasco, que con gran entono se estaba paseando en los corredores, le hizo una venia señorial, como á persona de su gremio, siendo así que entre caballeros la cortesía no deja de reinar ni en medio de las armas. Señalóle su cuarto el alcaide, y le dijo que no sería imposible tuviese en él un compañero de su propia calidad; porque estando, como estaba, la venta llena de gente, fuerza sería acomodar dos ó tres individuos en un mismo aposento. «¿Cómo es eso de venta?, preguntó D. Quijote. — Digo, castillo, señor caballero. No por serlo, y de los principales, sobra espacio, cuando como ahora aciertan los andantes á llegar por docenas. ¿No oyó vuesa merced el son de las campanas y bocinas cuando el atalaya le hubo columbrado? — Sí, oí, repuso D. Quijote. Merced me haréis, señor alcaide, en dar orden como se mire por este mi buen caballo, que harto merece la hospitalidad del señor de Montugtusa. — Y por el que no le va en zaga, dijo Sancho: Dios sabe si yo diera mi rucio por toda una dehesa de potros andaluces. — Se les mantendrá con manjar blanco,» respondió el ventero. Y se mandó mudar la buena pieza, mientras D. Quijote y su escudero tomaban posesión de su cuarto.



### CAPITULO LIII

DE CÓMO SALIÓ EL MAESTRO PELUCA EN LA REPRESENTACIÓN DE SU COMEDIA

Se había ya lavado y aderezado D. Quijote, cuando el alcaide del castillo se presentó á convidarle á la representación de la comedia que iba á dar, dijo, una de las primeras compañías teatrales de España. Aceptó de mil amores D. Quijote, y salió par á par del bachiller Sansón Carrasco y su escudero Sancho Panza. El teatro estaba armado, y de tales proporciones, que las tragedias de Sófocles se pudieran ofrecer allí. Corrido el telón, se vió la escena de Lanzarote del Lago y la reina Ginebra en el dichoso conflicto que perdió para siempre á la tierna Francisca de Rímini. El doctor Casimiro Extradibaús no lo pudo sufrir, y poniéndose de pies requirió al cielo que lanzase sus rayos sobre esa venta maldita, y dijo que sólo en tierra de moros podían verse cosas semejantes. «Sentaos, buen hombre, respondió el bachiller Sansón Carrasco, y mirad que nada tienen de malo estos amenos lances de dos enamorados. Pensad como gustéis, vosotros los hombres de las tinieblas; yo tengo placer en estas donosas y suaves ocurrencias.» D. Quijote de la Mancha se levantó á su vez y dijo: «Lanzarote, desde luego, fué buen caballero y gentil enamorado; y la reina Ginebra, una de las más famosas señoras de la caballería; mas no echo yo de ver la necesidad de sacar á la calle sus flaquezas, en perjuicio, no solamente de su propio decoro, sino también de la honesti-

dad pública. — Deje vuesa merced á estos curiales; repuso el bachiller, que se vayan á contar sus dieces, y gocemos nosotros del espectáculo que nos ofrecen estos hábiles artistas. ¿Qué hay allí, en suma, sino un suave desfloramiento de los labios, y qué tiene de reprehensible el que un mancebo apasionado coja como al descuido un poco de crema de felicidad, sin daño de tercero? — ¡Para tales actores, tales espectadores!, dijo en voz alta el doctor Casimiro Extradibaús. — Mirad donde os ponéis, amigo picapleitos, respondió el bachiller: no estamos aquí para dejarnos reprender y jorobar por quisquis de vuestra ralea. — ¡Vamos, señores!, gritó el tío Peluca en el escenario; ¿sigue ó no adelante la representación? ¿O son vuestas mercedes quienes dan la comedia? — En el repertorio de vuestas mercedes habrá, me parece, dijo D. Quijote, piezas que, sin perturbar á algunos espectadores, nos sirvan de entretenimiento á todos. Los trances más gratos de la vida suelen ser aquellos á los cuales el misterio comunica interés: las pasiones más dulces son las que se desenvuelven honestamente, y los placeres más delicados los que gozamos sin perder el respeto á la sociedad humana. Si es verdad que para que la inocencia nos proporcione alguna dicha ha de ser maliciosa, es asimismo cierto que la malicia sin delicadeza viene á ser vicio y descaro. Lanzarote pudo haber cogido la flor de los labios de la reina Ginebra, ¿mas qué necesidad tenemos de remedar á la faz del mundo lo que ese caballero hizo sin más testigos que Dios y su conciencia? La reina Ginebra, por otra parte, no perdió con ese desliz el derecho á la protección de los andantes; y aun por eso me opongo al pregón ofensivo que quieren dar estos histriones, previniéndoles que, si mi voz no es suficiente, entrará aquí mi espada. — ¡Con mil diablos!, gritó de nuevo el tío Peluca, ¡déjese hablar á mis personajes! ¿Vuelvo á preguntar si son vuestas mercedes ó nosotros quienes damos la comedia? — Por las razones que alega vuesa merced, dijo el bachiller Sansón Carrasco á D. Quijote, convengo en que se cambie la pieza; mas de ningún modo influído por los ululatos de este cabeza torcida que tiene cara de hacer

mucho más de lo que le saca de madre. — ¿Qué pieza quieren vuestas mercedes?, preguntó el director del teatro. Como ella sea de las más, yo haré el gusto de todos.»

El doctor Mostaza, en quien la rectitud de ideas de D. Quijote y la elevación de los sentimientos de su ánimo no hacían sino infundir más y más odio, alzó la voz y dijo: «Donde estoy yo no manda nadie: la comedia de Lanzarote se ha de representar, y no otra. Vuesa merced no quiere la de la reina Ginebra, añadió dirigiéndose á D. Quijote; yo la quiero. Anden esos señores cómicos; si no, por Dios vivo que me han de ver enojado. — Veamos, respondió D. Quijote, ¿cómo se toma vuecelencia para que prevalezca su voluntad?» El doctor Mostaza, haciendo de tripas corazón, con energía facticia tras la cual estaba resolviendo el miedo, soltó una desvergüenza de á folio. Se le fué encima D. Quijote, y asiéndole por las orejas con entrambas manos, le sacudió de modo que si no acuden el ventero y el bachiller se las arranca de cuajo. Libre el pobre Mostaza de ese vestiglo, se escabulló como pudo, y restablecida la paz, el maestro Peluca dijo: «¿Gustarían vuestas mercedes de la escena de la sin par Oriana cuando está encerrada en el castillo de Miraflores? — ¿Por qué está encerrada?, preguntó el bachiller. — Como D. Amadís de Gaula, respondió el tío Peluca, es tan llorón, un día se pone á llorar á los pies de su dama; y tantas echa, que el corazón de la señora se reblandece; y así, medio loca y medio muerta, sin saber lo que hace, hace lo que no debe. El llorón de Amadís sigue llorando, y la sin par Oriana, como queda enunciado, se encierra, porque le ha sucedido lo que la obliga á estar encerrada. — Yo sé lo que le ha sucedido, dijo D. Quijote. Si en algo tiene el maestro Peluca la integridad de sus barbas, guárdese de tocarme á un pelo á la memoria de esa dama. Así sufriré se aluda á ese triste acontecimiento, como que se me ponga la mano en la cara. Si no hay en su repertorio sino faras y comedias ofensivas á las señoras y los caballeros andantes, desbarátese esta máquina ó teatro, y váyanse noramala los histriones menguados que no aciertan á satisfacer á ninguna per-

sona. — Sin agravio de nadie, volvió á decir el director, voy á dar á vuesas mercedes tal pieza que han de quedar saboreándose con ella más de un año.» Cayó el telón, y después de un intervalo de quince minutos, alzado de nuevo, se vió á Pepe Cuajo en ademán de pasearse airado y taciturno delante de una dama que estaba allí cabizbaja. «¡Ha venido!, dijo de repente. — ¿Quién ha de venir, señor? ¿Para qué ha de venir nadie en vuestra ausencia? Algún enemigo de vuestro sosiego y mi felicidad os perturba el ánimo con falsos avisos, con perversas insinuaciones. — ¡Ha venido!, repitió el terrible Cuajo, y volviendo á su aspecto sombrío, dijo: ¡Dulcinea, vas á morir! — ¿Qué es eso de Dulcinea?, preguntó el bachiller Sansón Carrasco: ¿quién es el atrevido que va á matar á Dulcinea? ¿Matar á Dulcinea en mi presencia? ¿No pasarán por la punta de mi lanza veinte, treinta y aun cuarenta de estos desalmados, antes que me toquen á la orla del vestido á esa señora? — A nadie le incumbe ni atañe la defensa de Dulcinea, dijo á su vez D. Quijote, sino al caballero que la sirve: tanto sufriré yo que estos farsantes maten á Dulcinea, como que ningún caballero de contrabando la tome bajo su amparo y custodia. — ¡Por la Virgen Santísima!, gritó el maestro Peluca, dejen que cada cual haga la figura que le pertenece y no me interrumpen á cada paso la representación. ¿Cuándo quieren vuesas mercedes que concluyamos, si no me dejan principiar? — Es cabalmente lo que quiero, respondió el bachiller, que no se principie á matar á Dulcinea, y menos que se acabe de matarla. Pero ¿quién será el que principie semejante desaguisado y cuándo se acabará tal superchería en las barbas del caballero que la sirve? — ¡A Dulcinea no le sirve sino un caballero, y ése soy yo!, dijo D. Quijote. Por un mismo camino se habrán de ir los que quieren matarla como los que tratan de defenderla por derecho propio.» Aquí intervino el ventero y dijo: «Señores, éstas no son cosas de veras, sino ficciones agradables y embustes curiosos con que esta gente se ha propuesto divertirnos. La vida de esa señora está en salvo; y así, vuelvan vuesas mercedes á la tranquilidad del espíritu y el silencio que ha menester

la representación. — Si no son cosas de veras, peor aún, respondió D. Quijote: el bellaco que ha hecho á Dulcinea un cargo sin fundamento, pagará su avilantez y alevosía.»

El pobre tío Peluca estaba ya fuera de sí. Por concluir cuanto antes su comedia, le dió un corte más allá de la mitad; y asomándose á la orilla de las tablas uno de los personajes, dijo:

«¡Miefé, señor caballero!,  
Ella diga quien le agrada;  
Y de aquel sea adamada  
Aunque yo la amé primero.»

— Esta Dulcinea no debe de ser la mía, dijo á su vez el bachiller Sansón Carrasco, supuesto que anda en tales pasos. — Ni la mía tampoco, respondió D. Quijote; pero basta que se llame Dulcinea para que yo castigue rigurosamente el menor agravio irrogado á su persona. En cuanto á lo demás, para que sepamos á cuál ha de pertenecer la dama, conviene averigüemos cuál es el de su preferencia, el grande ó el chico; ni permitiré yo que sea entregada contra su voluntad al que no es de su gusto, y menos que pase á manos de nadie sino por la puerta de la Iglesia. — Vuesa merced hace bien, dijo Sancho, rompiendo un silencio que no podía ya sobrellevar; si se unen, que sea como católicos; y no vengamos con que el galán se fué, y con que la niña se quedó, y no así como quiera, sino encerrada, porque le ha sucedido lo que la obliga á estar encerrada, como dijo el otro. Obispo por obispo, séalo Domingo; y hacientes y consentientes pena por igual. A mí tan feo me parece el grande como el chico; y todavía, en caso de no poder más, primero ese bestión desmedido que ese chisgarabís. Cásense, cásense; ellos se mueren por ella, ella los quiere bien: pues manos á la obra. — ¡Que no te hayas muerto ahora ha cuarenta años, demonio!, exclamó don Quijote: y como siguiese tronando y relampagueando con grandísimo enojo: «Vamos, dijo tío Peluca, con este loco no hemos de hacer nada. Desbarátese este tablado, y á dormir, para que podamos madrugar. — No es loco, sino tonto, respondió D. Quijote;

pero no tiene mal corazón. Prosigan vuestas mercedes, que la pieza no puede ser más interesante.» El bachiller Sansón, á quien más divertía esta comedia que la del teatro, se puso de pies y dijo: «Dígame el tuátem ó director de la farándula, ¿cuál es el loco á quien ha querido aludir? ¿Loco, en presencia de caballeros andantes que pueden castigar su demasía? Filipo, Antígono, Sertorio, Aníbal fueron tuertos como vos, don bellaco probado; pero esto no os ha de librar de la furia de mi ánimo y la fuerza de mi brazo.» Tío Peluca era de suyo amigo de la paz y concordia; pero cuando le andaban por las barbas daba pruebas clásicas de atrevimiento. Soltó, pues, una carretilla de desvergüenzas tales, que tanto el verdadero como el falso D. Quijote se le iban encima, cuando el mal hablado farsante puso pies en polvorosa, y el ventero intervino diciendo que, como alcaide de la fortaleza, á él le correspondía la represión de esos atrevidos y él sabría poner las cosas en orden.



## CAPITULO LIV

DE LO QUE SUCEDIÓ ENTRE LAS CUATRO PAREDES DEL APOSENTO  
DE LOS HUÉSPEDES

Porfió tenazmente D. Quijote por írseles encima á los farsantes; pero hubo al fin de ceder á las razones del bachiller, quien le seguía diciendo: «La cuchilla, señor caballero, empleada por Aquiles en Héctor, por Eneas en Turno, por Bernardo del Carpio en Roldán, ¿quiere vuesa merced emplear en gente cautiva y desdichada? — Roldán era encantado, respondió D. Quijote, y no podía ser herido sino por la planta del pie izquierdo; no pudo, por consiguiente, Bernardo del Carpio emplear en él su espada. Como le mató en Roncesvalles fué apretándole en sus brazos hasta hacerle echar el corazón por la boca. — Esas son quisquillas, replicó el bachiller: hilvanar y coser y hacer randas, todo es dar puntadas. Lo que hace á mi propósito es manifestar á vuesa merced cuán fuera de los usos caballerescos estaría el tomarse un andante de los más famosos con un pobre esguízaro que acierta á lo más á llamarse tío Peluca. La espada..... ¿sabe vuesa merced lo que es la espada? Con ella enderezamos tuertos, castigamos sinrazones, levantamos caídos, remediamos desdichas, desfacemos agravios. — Sancho tiene la culpa, repuso don Quijote, que no está pronto á hacer suyos estos lances. La verdad de la verdad, señor caballero, es que Tizona y Colada no beben sangre de villanos. — ¿Tizona y Colada ha dicho vuesa mer-

ced?, preguntó el bachiller; ¿en dónde paran esas famosas armas? — Cuando Rui Díaz, respondió D. Quijote, las hubo quitado á los infantes de Carrión, por el desaguisado que éstos hicieron á sus esposas, las regaló á Félix Muñoz y Martín Antolines, el burgalés de pro, sus amigos y conmlitones. Desde este punto pierdo yo de vista esas espadas: deben de hallarse ahora en la Armería Real, ó en otro depósito de curiosidades antiguas. — Yo sé de otra espada, volvió á decir el bachiller, que irá á reunirse con Tizona y Colada. Acuéstese vuesa merced y huélguese esta noche: mañana es otro día, y puede ser que conozca el arma que le digo.» Rióse D. Quijote, y ganó una de las tarimas que rodeaban el aposento. El bachiller Sansón no tenía sueño; D. Quijote estaba lejos de dormir, y solamente Sancho Panza estaba ya soñando con las bodas de Camacho, circuido de doradas nubes. Las doradas nubes eran los quesos amontonados en columnas; las roscas de Utrera puestas allí cual gloriosas coronas; las gallinas, los pollos y capones asados y aderezados, de los cuales él podía espumar tres ó cuatro á modo de advertencia preparatoria.

Estaba el buen Sancho rebulléndose y zambulléndose, como queda dicho, en esa gloria celestial, cuando un viejo á quien el ventero había también alojado en ese cuarto, empezó á estornudar con tal brío, que á Sancho Panza mismo, con ser quien era, le sacó de su sueño y sus casillas: en vez del sacramental *Ave, María santísima*, echó Panza una maldición y un pésete, que hicieron estremecerse al viejo estornudante, quien, recobrándose, dijo: «¿Así saluda vuesa merced á sus hermanos, y de este modo se aprovecha de la ocasión de alabar á la Virgen? — La Virgen no ha menester los estornudos de vuesa merced para ser alabada, respondió Sancho. — ¿Y quién le ha dicho á vuesa merced, replicó el viejo, que el estornudar es malo? — Ahora entro yo, dijo el bachiller Sansón: el estornudar es bueno y muy bueno. ¿Por qué piensa el buen Sancho que invocamos el nombre de María en este caso, sino porque esa es gestión sumamente buena, que tiene olor y resabio de cosa celestial? Pues sepa,

si no lo sabe, que el estornudo, según Aristóteles, indica plena salud en la cabeza, la parte más noble del cuerpo humano, y armonía en sus órganos, de suerte que el pensamiento surge en ella y se dilata en ondas sublimes. Saludar al que estornuda es como darle el parabién de tan gran favor de la Providencia, cual es el tener ideas prontas, cabales y abundantes. — Puede el Estagirita, respondió D. Quijote, apartándose de aquel dictamen, tener mucha razón; lo que hay de cierto en el caso es que los hombres debían morir la primera vez que estornudasen; ley de la naturaleza que se cumplió rigurosamente los tiempos patriarcales. Nuestro padre Jacob, en la segunda lucha que tuvo con Dios, consiguió que ley tan dura para la especie humana fuese revocada. En memoria de este triunfo, los hombres acostumbraron á saludarse cuando estornudaban. — Luego no hay por qué se reprenda al que estornuda, dijo el viejo desconocido, puesto que el estornudar es cosa inocente. — ¿No sostendrá vuesa merced, respondió D. Quijote, que todas las cosas inocentes pueden pasar? Casos hay en que conviene suprimir hasta la tos. Lo que es simplemente estornudar, puede vuesa merced ahora; ni hemos de ir á causarle una apoplejía, estorbándole ese descargue necesario de los vapores cerebrales. Mi escudero tendrá cuenta con ceñirse á la costumbre y responder «Ave, María,» en vez del reniego con que nos ha obsequiado.

— ¡Oh, señor!, exclamó el bachiller, yo no sería capaz de demandarme ni en presencia de un recién nacido; y sé decir á vuestras mercedes que la de un animal mismo me corta y embarga, en cierto modo, para cosas que requieren soledad absoluta. Abomino á esos hombres osados que no respetan en los demás sus propios fueros, y obran como sucios é impúdicos, cuando piensan que están obrando con loable franqueza y desparpajo. El asco es indicio de vergüenza; la timidez revela honestidad; la atildadura del cuerpo se da la mano con la pulcritud del alma. ¿Qué dicen vuestras mercedes de la matrona romana que se desvestía hasta lo vivo en presencia de su siervo, con decir que en ése la esclavitud había matado el alma? La impudicia va aquí á un paso

con el atrevimiento: esa tal merecía que su esclavo le hiciera ver cuán hombre era á despecho de la servidumbre. — Eso se hubiera querido la pazpuerca, respondió Sancho; ¿por qué piensa vuesa merced que lo hacía? — Que esa dama no fué la diosa del pudor, dijo D. Quijote, ya se deja conocer; ¿mas por dónde vienes á descubrir en ella un propósito depravado? Di que ese descoco fué obra maestra de soberbia, y no columbres allí una treta de la deshonestidad. La esclavitud mata el alma, estoy con esa antigua; y encarezco el punto afirmando que la sepulta en el cieno. — No vayan vuestas mercedes á pensar, dijo el hombre del estornudo, que soy tan libre en las otras cosas como en el estornudar: yo sé cuándo y dónde pago sus tributos á la naturaleza.» El bachiller Sansón volvió á tomar la palabra y dijo: «Yo, señores, soy de los que vierten lágrimas en la mesa, cual otro Isidoro Alejandrino, al considerar que la parte noble del hombre, el destello divino que le anima, esta substancia impalpable é invisible, no puede existir en nosotros sino mediante las necesidades y funciones terreras de la carne. ¿Qué será respecto de los hechos que, sobre ser materiales y poco decentes, son también vergonzosos? La urbanidad es madre de la estimación: no es dable apreciar ni querer al que se vuelve repulsivo por la desenvoltura y la descortesía. Hemos de pensar, sentir y obrar con delicadeza; delicadeza, noble voz que significa sensibilidad, rubor, decencia, cosas indispensables para que merezcamos y alcancemos el aprecio y cariño de nuestros semejantes.»



## CAPITULO LV

DONDE SE DA Á CONOCER EL DESCONOCIDO Y CUENTA SU LAMENTABLE AVENTURA

«¿El dormir es material y vergonzoso, señor caballero?, preguntó Sancho. — Vergonzoso, de ninguna manera, respondió el bachiller, puesto que no traslitemos los términos señalados por la naturaleza; material, no estoy á un paso de creerlo. El sueño es una operación mixta en la cual tienen parte el alma y el cuerpo, ó por mejor decir, un acto en el cual uno y otro se despojan de sus atributos. El sueño es negación hermosa, ausencia llena de felicidad, si me comprendéis, amigo. — ¿Luego puedo dormir esta noche?, volvió Sancho á preguntar. — Ésta y las siguientes. Dormid los que no tenéis amores que os atormenten ni cavilaciones que os desvelen. — ¿Podría vuesa merced decirme, añadió el bachiller dirigiéndose al huésped desconocido, quién es vuesa merced, de dónde viene, adónde va y cuáles son los sucesos principales de su vida? Holgaría yo de entretener el tiempo con una sabrosa narración, de esas con que los pasajeros amenos suelen hacer dormir á los tontos y velar á los discretos. — Las cosas de mi vida, señor, respondió el huésped, son inenarrables; tanto hay en ella de triste y desdichado.» D. Quijote apoyó al bachiller, diciendo: «Nárrelas vuesa merced, con todo; y aún puede ser que del contarlas aquí se derive el remedio de su cuita. — Pues yo, señores, me llamo D. Pascual Osorio, de la